

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No os agrada el otoño?

A mí, mucho, a pesar de los días cortos y de las largas noches en que el viento os arrulla y la lluvia provoca al sueño, con la dulce sensación de la seguridad de un techo que os cobija.

El otoño da al paisaje tonos rojizos, tostados, ráfagas de oro viejo y oxidado metal, y salpica el cielo de nubes extrañas, dragones replegados sobre sí mismos, desmelenadas quimeras, serpientes escamosas, pájaros antediluvianos, pterodáctilos de monstruosa silueta.

A veces, se diría que ejércitos en pugna se amezan con armas de los antiguos tiempos: la lanza blandida, la espada que vibra con furor en el apretado puño.

Y un minuto después, en vez de combatientes desfila una teoría de pálidos fantasmas que van evaporándose y se difunden sin dejar rastro.

Con el otoño, llegan los frutos sabrosos, las cosechas regaladas y conservables.

El melón azucarado y la sandía de vivo rubí; la azofaifa rosada y la acerola de oro; la castaña de sayo pardo, que tanto divierte asar en las grandes chimeneas góticas, a la llama viva, en la hoguera crepitante; la avellana tostadera; las peras tardías, chorreando agua; las manzanas, con su sano agri-dulce; hasta los acedos nisperos, con su rara cata-lura y su sabroso catar, cuando están bien maduros, es decir, bien descompuestos y manidos.

El otoño viene con su cesto colmado, y da a manos llenas, riendo al recoger el sazonado racimo, en el cesto rústico.

Las vendimias son otra alegría otoñal.

Desde los tiempos primitivos, la alegría no ha variado.

Estas costumbres que no cambian, que fueron tales desde el principio del mundo, tienen un ahinca-do sello de poesía.

Se han inventado máquinas para sulfatar, abonos químicos; pero no se ha inventado nada que sustituya al antiguo sistema de coger el racimo con la mano...

Las fiestas de Baco son eternas.

Y no espero que, después de esta guerra que tantas cosas variará, aparezca ninguna que cambie totalmente el aspecto de la vendimia.

Tienen algo de rítmico y de fatal las labores del campo.

Se diría que no es el hombre, sino la naturaleza, quien las impone.

Por eso se modifican tan poco.

Sin embargo, el hombre sabe influir en la naturaleza.

Ha transformado las especies vegetales y también las animales por medio del cultivo y cruce, y les ha comunicado cualidades que no tenían.

Del diminuto piruetano silvestre, que nadie puede tragar, ha hecho la pera fundente y las mantecosas, que pesan kilos.

De las ramplonas hortalizas, ha hecho plantas de adorno, de las muy preciadas.

Las berzas ornamentales son más hermosas que cualquier flor o follaje de los que se ostentan en jardines y jarrones.

El cardo es también un lindo adorno, y no digamos la remolacha, con sus amplias hojas de un púrpura bronceado.

Una revolución en la horticultura y jardinería, es

la introducción de las variedades que del Japón se traen.

Ya teníamos buen recuerdo de las «naranjas de la China» que han llegado a constituir una frase proverbial; ahora son los melocotones, melones, peras y ciruelas japoneses, los que van inundando nuestros vergeles.

Y no se limitan a frutas de original figura y sabor, sino que también nos ofrecen forrajes desconocidos.

Por ejemplo, ahí están los famosos *Daikones*.

En los gráficos que acompañan a los prospectos de esta raíz, aparece el daikón como un gigante: una mujer va cargada con un solo fruto de la enorme crucifera, y no puede con él.

Naturalmente, los que son como yo, un poco labradores, abren el ojo.

Les vendría muy bien el daikón como forraje, para las vacas, en el invierno.

Lo siembran con ilusión, ateniéndose estrictamente a las instrucciones del prospecto susodicho, después de haber pagado bastante cara la semilla. Y recogen una raíz de mediano tamaño, podrida ya, y que parece una mandrágora por lo fea.

Conviene pues atenerse a las enseñanzas de un tío mío sumamente inteligente en agricultura y en otras cosas, y que, harto de experiencias huera, solía repetir:

— No comas fruta hasta que la coman los soldados, y no hagas lo que no haya hecho antes que tú mucha gente.

En efecto: por virtud de aquella misteriosa estabilidad que he notado en las cosas campestres, rara vez las novedades dan buen resultado en agricultura.

Yo soy del número de los inquietos, que sienten un estímulo que les obliga a estar siempre experimentando; pero confieso que, en materia agrícola, hago malísimamente.

El famoso *grass* inglés sale aquí muy semejante al pelo del rabo de un gato cuando lo eriza.

Todo el mundo se queja del *grass*, pero nadie tiene la franqueza de decir:

«Sí señor, hay un césped británico que será muy distinguido, muy honorable; pero nace lo propio que un cepillo viejo. Yo prefiero sembrar la yerba de nuestros prados, y a vivir.»

Más vale atenerse a lo conocido, aunque nos fastidie a los curiosos.

He resuelto dejar los *daikones* para los *samurais* (estos guerreros japoneses, debido al soneto de Heredia, están muy de moda) y cultivar buenamente calabazas.

¿Y qué, si hiciésemos unos prospectos de esas magníficas cucurbitáceas y los repartiésemos en el Japón (suponiendo que allí no existan calabazas, no lo sé) y los acompañásemos con fotografías impresionantes, no harían gran efecto?

No hay daikón, por gigante que sea, que emule a un soberbio «cabeza de turco» de los que aquí, sin dificultades de cultivo, se producen...

Hay pues que respetar, también en esto, la tradición, y acaso en esto sobre todo, como queda dicho...

Porque, desde Columela acá, ha llovido; pero las abejas siguen haciendo miel y las vides dando racimos...

Y entretanto, mientras la Naturaleza, plácida, no altera el giro de sus estaciones, he aquí que se preparan para otro invierno de guerra, más extensa y encarnizada, los hombres de tantos pueblos. Es la danza general de la muerte.

Hay una porción de señoras que no se cansan de remitirme impresos, a fin de que me asocie a sus tareas en pro de la paz.

En el Comité Internacional de estas señoras tienen representación Austria, Bélgica, Dinamarca, Alemania, la Gran Bretaña e Irlanda, Hungría, Italia, los Países Bajos, Noruega, Suecia, los Estados Unidos.

El proyecto de un Congreso Internacional de mujeres adquirió consistencia en una pequeña Conferencia femenina, de damas pertenecientes a los países neutrales y beligerantes (o sea a todos los países), que se verificó en Amsterdam en los primeros días de febrero de 1915.

El Congreso no se convocó sin exigir a las Congresistas que estuviesen conformes con ciertas bases. Una de ellas es que las cuestiones entre naciones deben ser resueltas por medios pacíficos; otra, que

las mujeres deben gozar del derecho del sufragio.

Además, el Congreso se sujetó a no discutir las responsabilidades nacionales relativas a la guerra presente, ni las reglas a que han de someterse las guerras en lo futuro...

En las sesiones del Congreso, las mujeres protestaron contra la locura y los horrores de la guerra, contra los abusos odiosos que más especialmente afectan a la mujer, contra la violencia de que es víctima, y apremiaron a los poderes del mundo entero para que entablen las negociaciones de paz.

Piden además que ninguna cesión de territorio se verifique sin el consentimiento de los habitantes de ambos sexos; que no se niegue a ningún pueblo la autonomía y un parlamento democrático; que, en lo sucesivo, toda discusión internacional se resuelva por el arbitraje; que la política exterior sea sometida a una previa censura democrática, y que las mujeres disfruten de iguales derechos políticos que los hombres.

Además, piden a los países neutrales que sin dilación se reúnan en Conferencia para mediar, y que la guerra termine, sometiendo a los beligerantes proposiciones razonables como base de la paz.

Y todo ello, o casi todo, lo suscribiría yo con ambas manos, si tuviese la menor esperanza de un resultado beneficioso cualquiera...

Es decir: distingamos.

En los *claims* o peticiones del Congreso noto tres cosas, a mi ver, muy distintas, y cuyo enlace no entiendo.

Hay la reclamación de la paz perpetua, la supresión de las guerras entre naciones.

Hay la reclamación de los derechos políticos (y supongo que civiles, aunque no se expresa), de la mujer.

Y hay el espíritu democrático para las instituciones.

Sin género de duda, no están enlazadas estas tres aspiraciones del Congreso.

El que las instituciones de un país sean o dejen de ser democráticas, no ha sido nunca obstáculo para que ese país guerree y hasta tenga un carácter esencialmente belicoso.

No es en los países de carácter democrático, en las Repúblicas, sino en ciertas Monarquías, donde la mujer goza de los derechos políticos como el hombre.

Desde luego convengo con las Congresistas en que no puede llamarse democracia aquella en que la mujer carece de derechos y el hombre los disfruta.

Lo que no me agradaría sería que, bajo un aspecto feminista y social, se rebozase una mera parcialidad política.

En cuanto a la protesta contra la guerra, desde el punto de vista humano, ¿quién no se adhiere a ella?

Sobre todo contra esta guerra tan descomunal, tan prolongada, tan agotadora, tan cruel, menos por las violencias que la acompañan, que por su misma esencia.

Pero... ¿no tiene algo de pueril suponer que nuestras súplicas y nuestras protestas femeniles vayan a influir en un fenómeno que tiene raíces hondísimas en la realidad económica, histórica y política?

Yo no lo puedo remediar: este aspecto del Congreso me recuerda la campanilla de los truenos, que usan algunas señoras y en la cual creen...

Y la mujer, para llegar a la plenitud de su derecho, lo primero que tiene que hacer es evitar parecerse al niño.

Yo sostengo que esta guerra ha de traer resultados beneficiosos para la mujer, a pesar de los horribles sufrimientos que a tantas inflige.

Ha servido para que la mujer ejerza infinitos oficios que antes monopolizaba el hombre; ha aproximado a los dos sexos, en el terreno común y puede decirse que militar del servicio hospitalario.

Ha roto mil trabas, en ventaja de las más nobles virtudes y sanas energías.

Y es que la guerra es, ante todo, dinámica, y para la mujer, lo peor es la estática.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.